

nito tiempo; voy á excusarte un estudio tan largo y desagradable, descubriéndote los caracteres de los unos y de los otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. Illma. Es un Prelado muy piadoso, continuamente ocupado en edificar al pueblo, y en dirigirle á la virtud con excelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dexó la Corte para dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprehender alguna cosa en mi amo, vituperaría su severidad; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, quando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo, persigue sin misericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes: ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios; los dexará envejecerse en su casa sin pensar en su acomodo; si alguna vez los gratifica es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; por lo que hace á S. Illma. jamas se acordará de hacerles bien.

Es-

Esto me dixo de su amo, y siguió dándome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que se mostraban: es verdad que no me dixo eran gentes infames, pero sí malos Sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion no dudé cómo debia portarme con estos señores, y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un exterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

## CAPITULO III.

*Gil Blas, Privado del Arzobispo, y dispensador de sus gracias.*

Mientras la siesta saqué de la posada mi maleta y caballo, y volví á cenar á Palacio, en donde me pusieron un quarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar S. Illma. bien de mañana para darme á copiar una homilia: me encargó mucho lo hiciera con toda la exâctitud posible, lo que executé sin olvidar acento, punto, ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al Prelado. Luego que recorrió todas las hojas exclamó arrebatado. ¡Eterno Dios! ¡Puede darse copia mas correcta! Para no ser gramático eres muy buen copista. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has

20 *Las Aventuras de Gil Blas.*

¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? ¿algún descuido en el estilo, ó algún término impropio? Es muy fácil se escape algo de esto con el fuego de la composición. ¡O, señor! respondí modestamente, no es tanta mi instrucción que pueda meterme á crítico, y aun quando fuera capaz de ello, estoy asegurado que las obras de V. S. Illma. no caerian baxo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucía que amaba con pasión sus escritos.

Acabé de ganarle con esta adulación; cada día me quería mas, tanto que Don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilia que debia predicar en la Catedral al otro día, no se contentó con preguntarme en general que me habia parecido; sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe; tuve la fortuna de citarle aquellos de que estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. Illma. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas hermosuras de una obra. Esto es, exclamó, lo que se llama tener gusto y delicadeza. Sí, querido, te aseguro que no es tu oído oreja de *Beocia*. En  
fin,



*Entra á servir Gil Blas al Arzobispo de Granada, y le hace su Confidente.*

Lopez sculpit.

Lib. VII. Cap. III. 21

fin, tan contento quedó, que me dixo con mucha expresion: no tengas ya cuidado, corre de mi cuenta tu fortuna, y yo te la procuraré agradable. Yo te quiero, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oír estas palabras me eché á los pies de S. Illma. penetrado de reconocimiento. Abrazé con todo corazon sus piernas torcidas, y me creí ya hecho hombre. Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion; sí, hijo mio, quiero hacerte depositario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque ellas hieren á los pecadores, les hacen entrar dentro de sí mismos, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro espantado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga: apartarse un lascivo de sus torpezas: retirarse los ambiciosos á las hermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones que son frequentes debian por sí solas excitarme al trabajo; con todo te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi virtud me reprehende inútilmente; esta es la estimacion del público á las obras perfectas. Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador con-

-su-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APR. 26 25 MONTERREY, MEXICO

sumado. Hoy pasan mis obras por fuertes y delicadas: pero no querría caer en las faltas de los buenos escritores que escriben por muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el Prelado, espero una cosa de tu zelo: quando percibas que mi pluma se envejece, quando notes se baxa mi estilo, no dexes de advertírmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podría cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial; por tanto elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictamen. Señor, le dixé, V. S. Illma. está todavía bien lejos de este tiempo, á Dios gracias. Además que un entendimiento tal como el de V. S. Illma. se conserva mas bien que los de otro temple, y para hablar con propiedad V. S. Illma. será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. Illma. como un otro Cardenal Ximenez, cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años, en lugar de debilitarse con la vejez. Dexémonos de adulacion, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo baxarme y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya, se principian á sentir las enfermedades, y las enfermedades del cuerpo alteran el espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme quando adviertas se debilita mi cabeza.

No

No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad; porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte vá en ello tu interes; porque si por desgracia tuya supiese se hablaba en la Ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acotodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad; esto sacarás de tu necia discrecion.

Aquí acabó la exhortacion de mi amo para oír mi respuesta, que se reduxo á prometerle quanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, ménos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles hombres y escuderos al confidente de S. Illma.: no se afrentaban de abatirse por tenerme contento; sus baxezas me hacian dudar fuesen Españoles. Aunque conocia sus ideas interesadas, y nunca me engañaron sus lisonjas, no por eso dexé de servirlos. Mis officios hicieron que S. Illma. les procurase empleos. A uno hizo dar una compañía, y le dió con que hacer su papel en el ejército; á otro envió á México con un empleo considerable, y no olvidando á mi amigo Melchor le saqué una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el Prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas ex-

ten-

tension lo que hice por un eclesiástico. Un día nuestro Maestre de Sala me presentó un cierto licenciado llamado Luis Garcia, hombre mozo y de buena presencia, y me dixo: señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mejores amigos: ha sido Capellan de Monjas, pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con S. Illma. que le ha suspendido, y no quiere escuchar á los que piden su habilitacion; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dixe, este negocio se ha gobernado mal; hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie; por hacerle bien al señor Licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. Illma., y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la falta de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir, quanto mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo y mi severidad. Malo es eso, dixo el Maestre Sala, y mi amigo tendria mal negocio si no tuviera tan buena mano; pero gracias á Dios él escribe hermosamente, y esta habilidad le sacará del paso. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El Licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida; quedé admirado de su hermosura y limpieza, y me pareció de las muestras que dan  
los

los maestros de escuela. Mientras consideraba tan bella forma de letra, me vino al pensamiento una idea, y en su consecuencia pedí á Garcia me dexase el papel, diciéndole que acaso le seria util, que no podia decirle mas por entonces; pero que nos viésemos á otro día y hablaríamos. El Licenciado, á quien el mayordomo al parecer habia celebrado mi genio, se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido todas sus licencias.

A la verdad yo deseaba hacerle este favor, y desde el mismo dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le manifesté el papel de Garcia, el qual agradó infinito á mi patron. Señor, le dixe aprovechándome de la ocasion: pues que V. S. Illma. no quiere imprimir sus homilias, no seria malo que á lo menos se escribiesen de esta letra.

El Prelado me respondió: aunque me agrada la tuya, no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de V. S. Illma: es un Licenciado conocido mio el que tiene esta habilidad; él se alegrará mucho servir á V. S. Illma., y mas quando por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla. ¿Cómo se llama ese Licenciado? me preguntó. Luis Garcia, le dixe, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion  
TOMO III. D de

26 *Las Aventuras de Gil Blas.*

de V. S. Illma. Este Garcia, interrumpió, si no me engaño, ha sido Capellan de un Convento de Monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dixé, no es mi ánimo justificarle; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado han cuidado mas de hacerle daño que de decir la verdad. Bien puede ser, replicó el Arzobispo, porque hay en el mundo espíritus muy perversos; pero doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprehensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese Licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aquí como quando media el interes propio los hombres mas rigurosos templan su severidad. El Arzobispo concedió sin pena lo que habia rehusado á los mas poderosos empeños, solo por el vano gusto de tener sus obras bien escritas. Al instante di esta noticia al Maestro Sala, quien sin pérdida de tiempo la pasó á su amigo Garcia. Al dia siguiente vino á darme los agradecimientos correspondientes á la gracia obtenida. Le presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprehension le dió algunas homilias que pusiera en limpio. Garcia se portó tan grandemente, que S. Illma. le restableció en su ministerio, y aun le dió

*Lib. VII. Cap. III.* 27

el Curato de Gabria, un Lugar grande inmediato á Granada, lo que prueba muy bien que los beneficios no se dan siempre á la virtud.

CAPITULO IV.

*Es acometido de apoplexia el Arzobispo. Del embarazo en que se encuentra Gil Blas, y del modo con que salió de él.*

Quando me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, Don Fernando de Leiva se preparaba para dexar á Granada. Visité á este señor antes de su partida, para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia procurado. Viéndome tan gustoso me dixo: mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan contento con mi tio el Arzobispo. Estoy contentísimo, le respondí, con este gran Prelado, y verdaderamente debo estarlo. Ademas de que es un señor muy amable, nunca podré yo agradecer bastantemente las bondades que le debo; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de Don Cesar y su hijo. No creo yo que ellos la hayan sentido menos, dixo Don Fernando. Puede ser que no os hayáis despedido para siempre. Da tantas vueltas el mundo, que acaso os podreis

ver todavía juntos. Estas palabras me enternecieron y no pude menos de suspirar: entonces conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto, que con gusto hubiera dexado al Arzobispo y quanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado la ocasion de mi retiro de ella. Don Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto mi ley, que me abrazó diciendo que su familia se interesaria siempre en mi fortuna.

A los dos meses de haber marchado este caballero, y en el tiempo que me encontraba mas favorecido tuvimos un grande susto en Palacio: el Arzobispo fue atacado de apoplexía, pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á muy pocos dias; pero le quedó algo debil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver, pero no podia comprehender del todo la diferencia de éste con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer, y por esto aguardé á que predicase otro para decidir. Hizolo, y no fue menester esperar mas. El buen Prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatía hasta el suelo: su oracion fue difusa, arenga de Catedrático cansado, un sermon de mision sin concierto.

No fui yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo exâminasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplexía. Vamos, señor cen-

ensor, y árbitro de las homilías, me dixe, prepárese Vmd. para hacer su oficio. Ya vé Vmd. que S. Illma. declina: Vmd. está obligado á advertírsele, tanto por depositario de sus confianzas, como por el temor de que alguno de sus amigos le prevenga: si llegara este caso sabe Vmd. muy bien sus consequencias; sería Vmd. borrado de su testamento, en el qual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas util que la Biblioteca del Licenciado Sedillo.

A estas reflexiones se sucedian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy expuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado terceramente por sus obras: por otra parte me parecia era imposible que le disgustase mi libertad despues de habérmelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome á que aventuraba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber como sacar la conversacion. Gracias al Cielo el orador mismo me sacó de este embarazo preguntándome qué se decia de él en el mundo, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilías siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo, respondió sobresaltado,

se ha encontrado algun Aristarco? Señor Illmo. respondí, no son obras las de V. S. Illma. que haya quien se atreva á censurarlas; antes todos las celebran; pero como V. S. Illma. me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me he atrevido á decir que su último discurso no me parece tiene la solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. Illma. de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dixo: ¿señor Gil Blas, con que esta pieza no es del gusto de Vmd.? No digo yo eso, interrumpí todo turbado, es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Illma. Ya te entiendo, replicó, te parece que voy baxando; ¿no es esto? Acorta de razones, tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. Illma. con tanta claridad, si expresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Illma. le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que tal cosa os reprenda: en eso sería yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictamen; pero tu dictamen no me parece justo; yo me engañé habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar un autor irritado, y mas si

es-

está acostumbrado á no oír mas que elogios. No hablemos mas de esto, hijo mio, me dixo: tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilía que esta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al Cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su gabinete, y di á mi Tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya Vmd. con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre Vmd. toda felicidad con un poco de mas gusto.

## CAPITULO V.

*Del partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el Licenciado Garcia, y como le manifestó éste su agradecimiento.*

Sali del gabinete maldiciendo el capricho, ó por mejor decir la flaqueza del Arzobispo, y todavía mas irritado contra S. Illma. que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por